

márgenes

revista de
economía política

AÑO III - Nº 3 - OCTUBRE 2017 ISSN: 2362-1931

PUBLICACIÓN DEL INSTITUTO DE INDUSTRIA - UNGS

Dossier

Cambios políticos, económicos y discursivos en el campo del desarrollo económico

Escriben

Agostina Costantino y

Francisco J. Cantamutto

Rolando Cordera Campos

Oscar Ugarteche

Germán Pinazo

Verónica Baudino

Ignacio Cretini y

Juan Pablo Deluca

Pablo Míguez

Manuel Gonzalo

Ariel Gordon

Miguel Henriques de Carvalho y

Kaio Pimentel

Manuel Gonzalo y

José Cassiolato

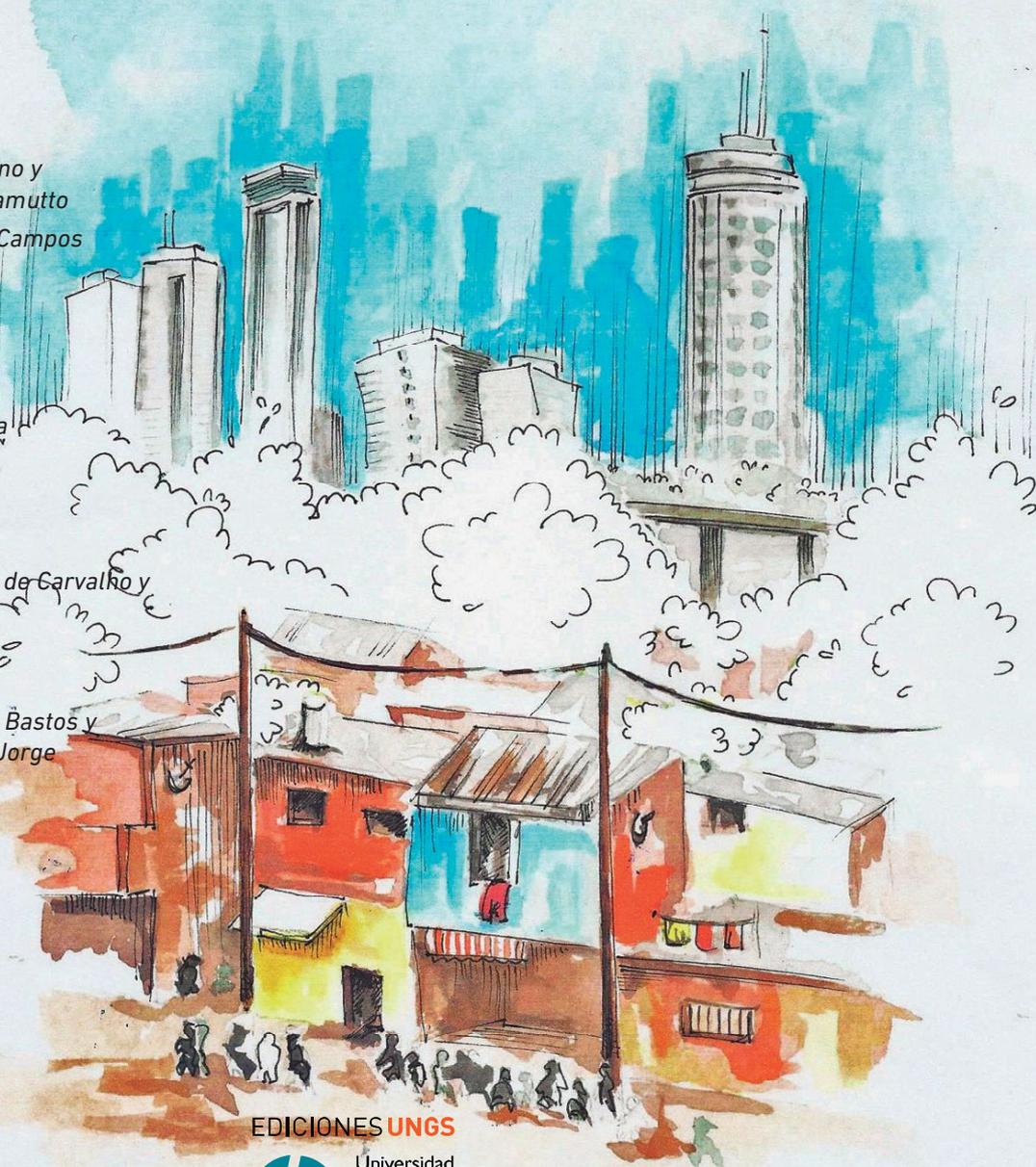
Carlos Pinkusfeld Bastos y

Caroline Teixeira Jorge

Franklin Serrano

y Numa Mazat

Mariano Arana



EDICIONES UNGS



Universidad
Nacional de
General
Sarmiento

Índice

Editorial	5
-----------------	---

Dossier

Neodesarrollismo, el programa de la industria ante la crisis neoliberal	9
<i>Agostina Costantino y Francisco J. Cantamutto</i>	

Cambio estructural y desarrollo ¿de qué hablamos?	27
<i>Rolando Cordera Campos</i>	

De sistema a complejo financiero: Un enfoque teórico sobre los cambios en la arquitectura financiera internacional	41
<i>Oscar Ugarteche</i>	

Reflexiones sobre desarrollo y segmentación internacional de la producción	61
<i>Germán Pinazo</i>	

Esperando en vano. El rol de los capitalistas en el desarrollo nacional	81
<i>Verónica Baudino</i>	

Política y desarrollo en Brasil. Reflexiones sobre el lulismo	97
<i>Ignacio Cretini y Juan Pablo Deluca</i>	

Estado y desarrollo en la economía política latinoamericana	113
<i>Pablo Míguez</i>	

BRICS

Trayectorias nacionales de desarrollo: los BRICS	133
<i>Manuel Gonzalo</i>	

Sistema nacional de innovación dual en Sudáfrica: el peso de la dependencia de la trayectoria	137
<i>Ariel Gordon</i>	

La larga marcha: continuidades y rupturas de las estructuras políticas y económicas chinas en el período 1949-2016.....	157
<i>Miguel Henriques de Carvalho y Kaio Pimentel</i>	

Trayectoria histórica de desarrollo del Sistema Nacional de Innovación de India (1947-2017)	179
<i>Manuel Gonzalo y José Cassiolato</i>	

Neodesarrollismo, el programa de la industria ante la crisis neoliberal

Agostina Costantino y Francisco J. Cantamutto¹

Resumen

En los últimos años, se difundió un concepto que pretendía caracterizar un nuevo modelo de desarrollo en Latinoamérica y en la Argentina en particular: el neodesarrollismo. A pesar de la proliferación del uso de este concepto, los esfuerzos por definirlo teóricamente han sido limitados. Este documento espera contribuir a su debate. Así como el desarrollismo debe entenderse en el contexto de posguerra, el neodesarrollismo se debe comprender a la luz de la crisis del proyecto neoliberal en América Latina y el Caribe, pues fue la respuesta del propio bloque en el poder para contener esta crisis. Sostiene una mayor presencia regulatoria del Estado, en especial en las inversiones, en la institucionalidad de la relación patronal-trabajadores y en las políticas sociales compensatorias. Aquí queremos debatir dos aspectos conceptuales: por un lado, el problema de la inserción externa y cómo lidiar con el desarrollo nacional en el mundo globalizado y, por otro lado, la cuestión del agente social que pugne por los objetivos del modelo de desarrollo y cómo lidiar con su inexistencia o inadecuación.

Introducción

En los últimos años, se difundió un concepto que pretendía caracterizar un nuevo modelo de desarrollo en Latinoamérica y en la Argentina en particular: el neodesarrollismo. A pesar de la proliferación del uso de este concepto, los esfuerzos por definirlo teóricamente han sido limitados. Este documento espera contribuir en este sentido. Así como el desarrollismo debe entenderse en el contexto de posguerra, con la hegemonía mundial estadounidense y la disputa geopolítica con la Unión Soviética, el neodesarrollismo se comprende a la luz de la crisis del proyecto neoliberal en América Latina y el Caribe (ALYC). Entendemos que se trató de la respuesta estructurada desde el propio bloque en el poder para contener una crisis. Sostiene la idea de una mayor presencia regulatoria del Estado, en especial en las

¹ IDAES-UNSAM-CONICET/SEC.

inversiones, en la institucionalidad de la relación patronal-trabajadores y en las políticas sociales compensatorias. Aquí queremos debatir dos aspectos conceptuales: por un lado, el problema de la inserción externa y cómo lidiar con el desarrollo nacional en el mundo globalizado y, por otro lado, la cuestión del agente social que pugne por los objetivos del modelo de desarrollo y cómo lidiar con su inexistencia o inadecuación.

El texto se organiza de la siguiente manera. En la primera sección presentamos la lógica de economía política de la noción de desarrollo emergente en el siglo XX. La segunda sección presenta la lectura en clave latinoamericana, con el desarrollismo y su crítica desde las teorías de la dependencia. La tercera sección, por su parte, introduce la aparición del neodesarrollismo con sus rasgos generales, para avanzar en las siguientes dos secciones sobre las críticas acerca de la inserción externa y la cuestión del agente social. Entendemos que estas discusiones se pueden rastrear en el debate planteado por el dependentismo al desarrollismo, tal como lo presentamos en la segunda sección.

El desarrollo como teoría y objetivo político

Cualquier trabajo introductorio sobre el tema acepta que la noción de desarrollo es polisémica, que remite a múltiples tradiciones y representaciones. No existe una noción unívoca; los sentidos en que se la comprende han variado históricamente. Esto no significa que se trate de una trivialidad especulativa: del sentido que se asigne al desarrollo trasunta una voluntad política, una intencionalidad específica para el modo de organizarnos como sociedad. De lo que se entienda por desarrollo se derivan políticas específicas para lograrlo, que alteran nuestra situación cotidiana de vida. Se trata entonces de un concepto teórico, normativo y político. La discusión del desarrollo apareció en un momento histórico específico. Al término de la Segunda Guerra Mundial, con la Unión Soviética fortalecida geopolíticamente, la reconstrucción económica de Europa—bajo la dirección y el financiamiento de la potencia hegemónica, Estados Unidos—debía ofrecer una alternativa que no solo se validara por la fuerza: era necesario ofrecer una utopía capitalista que compitiera con los ideales socialistas y comunistas. La noción de desarrollo apareció para cumplir ese rol. Es decir, emergió con una intencionalidad ideológica y política muy concreta. El famoso libro de Rostow se llamaba —sin eufemismos— *Las etapas del crecimiento: un manifiesto anticomunista*.

Los avances tecnológicos se reorientaron del uso militar a la producción de bienes de consumo, y aparecieron para el acceso masivo televisores, automóviles, productos plásticos y de fibra sintética, etcétera. La reorganización de estos procesos en las fábricas permitió la consolidación del modelo fordista de producción en serie. Con la destrucción masiva de capitales, las oportunidades de inversión abundaban. Este tipo de organización productiva se servía de la expansión de la masa salarial, que impactaba en la demanda agregada para las propias empresas. Vale resaltar que tras haber pulverizado los salarios y las condiciones

laborales en la guerra –cuyo punto máximo fue la esclavitud de los campos de concentración–, había bastante espacio para otorgar mejoras sin que ello afectase la tasa de ganancia. Este tipo de racionalidad agregada no se coordinaba individualmente, sino que era necesaria la intervención política del Estado: bajo la propia presión de movilización obrera, la mejora salarial se vio acompañada por la conquista de diversos derechos sociales, como la previsión social o la seguridad social. Esto configuró lo que se conoció como Estado de Bienestar. Ahora bien, estos procesos se centraron en especial en Europa occidental y Estados Unidos, pero ¿qué quedaba para el resto del mundo?

La incidencia sobre los países bajo la esfera soviética era relativamente contenida por la propia disputa ideológica, pero quedaba una parte no incluida en ninguna de las anteriores: la nombrada, como remanente, “Tercer Mundo”. Se trataba, básicamente, de ALYC, África y parte de Asia, el campo de disputa donde la guerra no tuvo nada de fría (Hobsbawm, 2003). Es una etapa en la cual muchos de los países muestran una menor dependencia de los flujos de intercambio exterior (los índices de apertura descienden) y, por lo tanto, ganan grados de libertad para poder llevar adelante políticas económicas autocentradas. Las ideas de desarrollo fueron el marco ideal para que las potencias intervinieran en sus procesos de un modo relativamente indirecto. Los recién creados organismos financieros internacionales funcionaban como correas de transmisión a través de sus paquetes de ayuda condicionados –copiando el modelo del famoso plan Marshall–. Se constituyeron como garantes del orden económico mundial, cuyo control estaba en manos de las potencias occidentales, siendo Estados Unidos el único con poder de veto (Block, 1989).

Sería imposible dirimir en este espacio extensas discusiones respecto de qué se entiende por desarrollo, por lo que apenas esbozaremos una disquisición general. La noción tuvo una primera asociación con la de *crecimiento económico*: parecía lógico comprender que toda mejora en las condiciones de vida de la población requerían la expansión en la provisión de bienes y servicios, es decir, el incremento en la actividad económica. La primera dimensión del desarrollo era, pues, la de crecimiento, medido a través del aumento en el PBI. Otros indicadores sociales (salud, educación, etcétera) parecían tener cierta correlación positiva con el incremento del PBI, por lo que enfocarse sobre esta variable parecía justificarse.

Se destacan como características de esta etapa: a) orientación economicista, pues reduce casi cualquier dimensión a un problema económico; b) enfoque centrado en el espacio nacional, tanto para la puesta en práctica de programas como para su evaluación; c) predominio de soluciones organizadas jerárquicamente desde el gobierno central;² d) énfasis en los agregados macroeconómicos, con escasa relevancia de las heterogeneidades internas (como las cuestiones de equidad o territoriales). El eje clave era entonces impulsar la acumulación de capital a escala nacional, es decir, el desarrollo solo es posible si se satisfacen las prerrogativas y necesidades de la clase capitalista. El desarrollo, al menos en sus variaciones originales, no cuestiona las bases de organización social de la producción en cuanto a los derechos de propiedad y facultades de control: se trata, como señalamos, de una idea nacida para competir con el socialismo y el comunismo.

² Esto admite la aplicación de “soluciones” de desarrollo por parte de gobiernos autoritarios o dictatoriales.

La expansión de la acumulación de capital requería en los países del Tercer Mundo de un proceso de *modernización*, que referiría al proceso concomitante de industrialización, modificación de la estructura social y renovación política.³ Se asumía que los distintos países pasarían por etapas sucesivas desde sus estadios tradicionales hasta al estatus alcanzado por las potencias occidentales. Existe aquí una asociación entre desarrollo y el estilo de vida de estos últimos países, además de una marcada concepción histórica teleológica, que asumía el devenir de las sociedades como estadios sucesivos predefinidos.⁴ En esta linealidad, se definían como países “desarrollados” a las potencias occidentales y países “subdesarrollados” o –como eufemismo– “en vías de desarrollo” al Tercer Mundo. Estas denominaciones siguen siendo utilizadas en el análisis cotidiano hasta el día de hoy, mostrando la persistencia de aquellas concepciones. Dos Santos (1970) ha explicado el carácter eminentemente formal, ahistórico, y teleológico de esta comprensión del desarrollo.

Desarrollismo y dependencia

En este período, ALYC avanzó en un proceso de reconversión productiva muy significativo. La interrupción de los flujos de comercio y financiero con las Guerras Mundiales y la Gran Depresión produjo un fuerte impacto entre las élites gobernantes latinoamericanas. Aunque los caminos de resolución de la nueva situación internacional fueron zigzagueantes y desiguales entre los países, en términos generales se puede decir que se inicia un proceso de industrialización semiforzado (Bulmer-Thomas, 1998). La sustitución de las importaciones que dejaron de llegar fue el camino más usual en este proceso, aunque rápidamente se hizo necesaria la presencia del Estado para dirigir, cuando no protagonizar, la transformación del aparato productivo (Ocampo, 2004).

La región se hallaba inmersa en profundas disyuntivas sobre el camino a seguir. No se trataba solo de un problema de “recetas”, sino también de “ingredientes”: ¿qué caminos se abrirían para lograr el desarrollo y quiénes los recorrerían? Frente a este interrogante, surgió la primera gran innovación intelectual de la región, el estructuralismo latinoamericano, y luego se creó la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) de Naciones Unidas. Simplificando, se puede decir que su propuesta era la industrialización como forma de romper con la dependencia económica de los países centrales, contrariando las tesis liberales de las ventajas comparativas.

Las ideas de Raúl Prebisch fueron claves en la conformación del pensamiento estructuralista latinoamericano (Sunkel y Paz, 2005). Según propuso, el crecimiento en las economías periféricas estaba determinado por la inestabilidad de las exportaciones y los

³ El desarrollo de la sociología en América Latina debe mucho al problema de la modernización, cuyos debates dieron impulso científico a la disciplina. Un autor señero en esta clave en la Argentina fue Gino Germani (1962), quien interpretó los problemas latinoamericanos como desfasajes –asincronías– en la diferenciación funcional de nuestras sociedades. Se asumía, pues, una lógica claramente evolutiva.

⁴ El positivismo vigente en estas visiones se asemejaba a las lecturas más economicistas proferidas por el estalinismo, que confluían en esta teleología, que sumergía a los partidos comunistas en el etapismo (la sucesión inevitable de determinadas fases históricas), favoreciendo opciones políticas conservadoras (Löwy, 2007).

flujos de entrada de capital y no de la inversión interna (Prebisch, 1981). Prebisch enfatizó que el progreso técnico ocurre principalmente en los países centrales, lo que genera un sistemático rezago tecnológico que acrecienta la lógica de acople pasivo de la periferia al ciclo mundial. La especialización de acuerdo con las ventajas comparativas promueve la inserción externa de productores de materias primas, cuyo valor decrece en el tiempo respecto de las importaciones de bienes industriales, con mayor contenido tecnológico. De aquí su célebre tesis de la caída tendencial de los términos de intercambio: la transferencia sistemática y creciente de excedentes desde la periferia al centro, sobre la base del comercio exterior. Esta tendencia solo podría quebrarse mediante una modificación en la especialización de la economía periférica: la producción de bienes industriales. El desarrollismo apareció como programa político alrededor de este objetivo.⁵

Sin embargo, la industrialización tardía enfrentaba diversos tipos de problemas, entre los que se resaltan la insuficiente escala de producción, la falta de capital y de tecnología moderna (Fajnzylber, 1983). Las empresas transnacionales aparecieron como una potencial vía para resolver estas limitaciones. El problema que surgía de la penetración de estas empresas con origen en los países centrales es que añadían otro factor contradictorio al acelerar la difusión de patrones de consumo avanzados que no podían satisfacer con la capacidad productiva doméstica. Celso Furtado (1964) exploró las implicancias de su presencia en las economías latinoamericanas, señalando la falta de encadenamientos y de difusión de tecnología, problemas que, se suponía, estas empresas venían a resolver. A las ventajas productivas se sumaba una capacidad financiera y de planificación superior, que llevaba a una creciente concentración de la producción en manos del capital extranjero, lo que sumaba un flujo de salidas de divisas por la remisión de utilidades al exterior. Finalmente, su presencia empeoraba la distribución del ingreso.

Explorando estas contradicciones, surge, a fines de los sesenta, la crítica de las teorías de la dependencia (Borón, 2008). En esos años coinciden en Chile diversos intelectuales que abordarán el problema con novedosos aportes teóricos, en dos grandes líneas de trabajo: la crítica “weberiana” –Cardoso, Faletto, Weffort– y la marxista –Marini, Gunder Frank, Dos Santos, Bambirria– (Beigel, 2006). Las teorías de dependencia criticaron fuertemente la idea –presente tanto en las escuelas del desarrollo como en el desarrollismo– de que todas las sociedades deban atravesar el mismo proceso, las mismas etapas que las sociedades europeas (Dos Santos, 1998). Así, se reprochaba el método formal ahistórico, la pretensión de que ciertos países escaparan a la lógica general del capitalismo y a la posibilidad de progreso armónico, libre de la lucha de clases (Bambirra, 1978; Dos Santos, 1970; Gunder Frank, 1979). El enfoque weberiano se centró en la crítica a las ideologías realmente existentes de los agentes sociales en que reposaban las pretensiones de industrialización

⁵ No es trivial remarcar que, al igual que lo señalado respecto de las teorías del desarrollo, el desarrollismo aceptó “soluciones” jerárquicas al problema de la industrialización, incluso bajo la forma de golpes de Estado. Sin perjuicio de sus méritos intelectuales, la participación de Aldo Ferrer –exponente de esta escuela– como ministro de Economía bajo los gobiernos de Levingston y Lanusse debiera llamar la atención.

cepalinas, destacando la falta de un ideario de lo nacional, que impedía a este empresariado constituirse en una clase que liderara el proceso de desarrollo (Cardoso y Faletto, 1986).

El enfoque marxista apuntó, en cambio, a determinaciones histórico-estructurales de la dependencia. Señala Dos Santos (1998) que para este enfoque: a) el subdesarrollo está conectado estrechamente con la expansión de los países industrializados; b) el desarrollo y el subdesarrollo son aspectos diferentes del mismo proceso universal; c) el subdesarrollo no puede ser considerado como la condición primera para un proceso evolucionista; d) la dependencia no es un fenómeno externo sino que se manifiesta en diferentes formas en la estructura interna (económica, social, ideológica y política). Las clases sociales locales que se asociaban a los intereses de las burguesías de los países centrales, hacían del imperialismo una relación social interna (Marini, 1978).

La incorporación de ALYC al comercio mundial a partir de la colonización, y especialmente con la declaración formal de las independencias, impulsó una adaptación de la producción local a las necesidades de los países centrales (Gunder Frank, 1979). Las relaciones no asalariadas de producción fueron parte de esta inserción y contribuyeron a la acumulación originaria de Europa, a través de diversos mecanismos de remisión de valor a los centros (Marini, 1973). Estas transferencias se originan con la exportación de metales y luego de materias primas a cambio de bienes manufacturados, pero con la industrialización y las formas modernas del imperialismo, se suman otras formas de extracción de valor: los pagos de utilidades, de intereses y de regalías, cuya importancia crece con la presencia de capitales extranjeros en las economías dependientes. Para compensar la transferencia de valor, los capitales que operan en estos países recurren al pago de la fuerza de trabajo por debajo de su valor social de reproducción, mecanismo conocido como superexplotación (Marini, 1973; Osorio, 2016). Esta sistemática fuga de recursos comprime los mercados de forma tal que su escala es inevitablemente exigua, poniendo una traba al desarrollo incluso por la vía propuesta por el desarrollismo, la industrialización (Marini, 1994).⁶

Así como el desarrollo era un programa teórico-político con eje en la expansión del capitalismo central, el desarrollismo local no parecía buscar objetivos diferentes, sino un camino alternativo para ubicarse en el mismo mapa. La crítica de la teoría marxista de la dependencia fue más radical al señalar la imposibilidad de desarrollo bajo el capitalismo. Pero este marco de debate fue interrumpido por la fuerza, con la sucesión de golpes de Estado en la región. Este cambio aceleró el acople de ALYC a la reconfiguración global de la acumulación que conoceríamos como la globalización neoliberal. El dependentismo tuvo severas dificultades para sostener su programa en condiciones de exilio. El pensamiento cepalino, en cambio, revisó las trabas históricas a la luz del nuevo mundo, y transmutó en un nuevo tipo de propuesta, el neoestructuralismo (Bielschowsky, 2009), que sería el herramiental clave para entender su reaparición reciente.

⁶ Esto no impide la existencia de segmentos del mercado de trabajo bien remunerados, básicamente, los ubicados en las ramas dinámicas de la economía. Vale añadir que los capitales que operan en países de mayor desarrollo relativo dentro de la periferia –que muestran una mayor composición orgánica– pueden replicar sobre su área de influencia el mismo tipo de mecanismos de extracción de valor que establecen las potencias imperialistas. Marini (1977) llamó a este proceso subimperialismo.

El neodesarrollismo como emergente de la crisis neoliberal

Así como el desarrollismo debe entenderse en el contexto de posguerra, con la hegemonía mundial estadounidense y la disputa geopolítica con la Unión Soviética, el neodesarrollismo no puede comprenderse si no es a la luz de la crisis del proyecto neoliberal en ALyC. En este sentido, apareció como un programa “progresista” de salida de esa crisis, en respuesta a la impugnación social, y situado en un espacio intermedio respecto de los países donde el neoliberalismo tuvo continuidad más estable y aquellos proyectos donde se propusieron opciones más radicales (Katz, 2006).

Se trató de una respuesta estructurada desde el propio bloque en el poder para contener una crisis. Concretamente, sostenemos, se trató de un proceso de construcción hegemónica liderado por la fracción industrial de dicho bloque. Ahora bien, no se trata de puro gatopardismo: hubo, en efecto, cambios y, sobre todo, cobraron nuevos bríos fuerzas políticas que exceden intenciones iniciales. En tal sentido, nada quedó igual, pero tampoco es cierto que todo haya cambiado. La hegemonía se logró mediante mecanismos de consenso positivo, a través de concesiones reales –fueran por convicción o por necesidad– que alentaron a algunas organizaciones populares a interpretarse parte de un proceso político. No se trata aquí de evaluar si esta interpretación era correcta o no: lo relevante es que se basó en cambios concretos y operó logrando una identificación política real. Esto tampoco niega la existencia de elementos coercitivos y de consenso negativo en la constitución del orden neodesarrollista, sino que señala aquello que lo distingue del régimen previo.

En la Argentina, el neoliberalismo logró su estructuración plena bajo el programa de la Convertibilidad (1991-2001) (Bonnet, 2008). Por supuesto, existían antecedentes y continuidades de años previos, pero sus rasgos adquirieron una definición más evidente y continua en el tiempo, con cierta coherencia interna. De modo exitoso, la Convertibilidad logró impulsar de modo acelerado el conjunto de reformas estructurales, creando cierta anuencia social entre quienes preservaban acceso a bienes básicos y conteniendo a quienes reclamaban tanto mediante la coerción (explícita por la fuerza represiva o tácita por las tendencias del mercado) como por el desaliento (la percepción de que no existía mejor alternativa o, de existir, esta no era alcanzable) (Piva, 2007; Thwaites Rey, 1994).

Por eso mismo, la caída de la Convertibilidad fue una auténtica crisis que abarcó todos los ámbitos de la sociedad argentina (Cantamutto y Wainer, 2013; Pucciarelli y Castellani, 2014). Confluyeron elementos ligados a la inserción internacional argentina (las crisis del Sudeste asiático y luego Brasil, que golpearon al país por vía financiera y comercial), disputas dentro del bloque en el poder (dolarizadores, defensores de la convertibilidad y devaluadores), una intensificación de la lucha de clases (creciente organización y presencia de las centrales sindicales opositoras, pero también la aparición de nuevos sujetos sociales en la protesta, entre los que destaca la gravitación del movimiento piquetero). Este cóctel dificultaba dar una salida a la recesión, pues ningún sector social lograba imponer su diagnóstico y programa. La caída de la actividad arrastró consigo todos los indicadores sociales: empleo, salarios, pobreza e indigencia mostraron un empeoramiento. Sin em-

bargo, insistimos, *el problema no era económico, sino político: la construcción del problema y su salida por parte de algún grupo social*. La caída del gobierno nacional en medio de un pico de protestas respondió a la imposibilidad del sistema político de articular una nueva representación o sostener la previa ante crecientes impugnaciones.

Es relevante insistir que la disputa simbólica por cuál era el problema de la Convertibilidad era francamente dura. Se pueden identificar múltiples interpretaciones en pugna. Dentro del bloque en el poder ya han sido explicadas las opciones vinculadas con distintas fracciones (Gaggero y Wainer, 2006; Schorr, 2001). Menos exploradas han sido las diferencias dentro de las clases populares.⁷ Sin ser exhaustivos, se distinguen al menos los siguientes proyectos en disputa: los que buscaban un cambio radical, atribuyendo el problema al capitalismo (que se expresaban, por ejemplo, en el Bloque Piquetero Nacional), y aquellos que impugnaban especialmente a la Convertibilidad, proponiendo salidas centradas en el empleo industrial (el Movimiento de Trabajadores Argentinos expresó esta opción) o bien proponiendo un arco más amplio de políticas sociales (que confluyeron en el FRENAPO) (Cantamutto, 2015). Distinguir las tensiones, negociaciones y confluencias entre estas interpretaciones tienen tanta relevancia como la creciente capacidad de impugnación del orden social de las clases populares y los posibles acercamientos con fracciones del bloque en el poder (cfr. Svampa, 2011).

Nuestro argumento es, justamente, que la fracción industrial fue capaz de reordenar sus propuestas y discurso incorporando parcialmente demandas de las clases populares, lo que les permitió construir un consenso positivo en torno a sus ejes. Las explicaciones que reposan en la cooptación de organizaciones o líderes resultan poco efectivas para dar cuenta de este proceso –sin que esto niegue que tal fenómeno haya existido–. Ciertamente, hubo un proceso de identificación política que excedió la compra de voluntades. No deja de ser llamativo que sectores de las clases populares defendieran como propio un proyecto que reposó sobre el eje central de la reindustrialización, idea que debiera dar señales sobre qué agente social lideró la construcción de sentidos, discurso y políticas públicas. La idea de inclusión a través del empleo estaba directamente asociada a la acumulación productiva de capital, cuyo representante concreto sería la industria. Por supuesto, esto significa: los capitalistas industriales realmente existentes, que buscaban reproducirse según sus características reales –heterogéneas y dependientes–. No se trata de ponderar el programa emergente como la emulación extemporánea de revoluciones europeas, sino de la necesidad concreta –mediada por una serie de operaciones netamente políticas– de la industria que opera localmente. Redistribuir rentas bajo un nuevo régimen de políticas económicas requería apoyos sociales concretos, que esta fracción del bloque en el poder supo construir.

Al programa emergente de esta crisis se lo ha discutido bajo diferentes nombres, que aún no alcanzan consenso: post-neoliberalismo, post-Convertibilidad y neodesarrollismo, entre los más utilizados (Féiz y López, 2012; Katz, 2015b). Consideramos inapropiada la primera referencia, básicamente porque la mayoría de las reformas estructurales –como

⁷ A los propósitos de este texto, consideramos esta categoría como equivalente de la clase trabajadora en todas sus fracciones y expresiones políticas (Vilas, 1995).

expresión del proyecto neoliberal de la clase dominante— persistieron a la crisis (Cantamutto y Costantino, 2016). Es factible que la construcción cultural neoliberal entrara parcialmente en *shock*, aunque dejó marcas profundas en el sentido común, entre las que se destacan el individualismo, el consumismo y la sujeción financiera. La segunda referencia simplemente propone la ubicación temporal del proceso, lo que es acertado pero no permite distinguir qué da unidad al programa. Por eso, entendemos que la referencia de neodesarrollismo resulta la más apropiada, aun cuando sus defensores intelectuales puedan siempre aludir a su incompleta realización efectiva, como si ello impidiera su evaluación (Katz, 2015b). Aunque los caminos entre las ideas y los intereses no son nunca unidireccionales (Hall, 1997), podemos decir que el neodesarrollismo fue la estructuración conceptual que ofreció argumentos para presentar el programa emergente de la crisis como un proyecto de desarrollo.

Es importante considerar los elementos originarios de este programa, pues gran parte de la bibliografía que lo promueve elude referir a los puntos en cuestión. El neodesarrollismo recupera elementos de la heterodoxia económica, principalmente el neoestructuralismo cepalino y cierto keynesianismo. Aunque se expresan matices entre sus defensores, en términos generales se sostiene la idea de una mayor presencia regulatoria del Estado, en especial en las inversiones (no necesariamente como productor, pero sí como promotor), en la institucionalidad de la relación patronal-trabajadores y enfáticamente en las políticas sociales compensatorias. Los defensores del neodesarrollismo son cautos en el manejo de la política monetaria, por lo que si bien aceptan el rol multiplicador del déficit fiscal, prefieren mantenerlo contenido en ciertos límites compatibles con el crecimiento y la toma de deuda.

En cambio, se acepta un manejo menos rígido de la política cambiaria y fiscal, a través de la cual se propone impulsar la actividad industrial como eje de creación de empleo. Frente a la heterogeneidad estructural existente en un mundo liberalizado, se requiere el redireccionamiento de parte de la renta de los sectores extractivos hacia actividades relevantes por su capacidad de generación de empleo o avance tecnológico (CEPAL, 2012). A este conjunto de interacciones regulatorias el neodesarrollismo alude como una mayor “presencia” del Estado, para presentarse como anverso del neoliberalismo, que se caracterizaría por la “ausencia” del Estado, lo que representa una subteorización de las formas del Estado (Bonnet, 2011; Katz, 2015a).

Desde el punto de vista del proceso político, es ineludible señalar que los gobiernos que ponen en marcha las políticas económicas referidas no fueron electos: el de Adolfo Rodríguez Saá (diciembre de 2001) y el de Eduardo Duhalde (2002-mayo de 2003). Sin pronunciarnos sobre los motivos que llevan a muchos defensores del neodesarrollismo a evitar referencias claras a este período, queda claro que resulta una omisión significativa para explicar los años “prósperos” del nuevo modelo. El viraje central que permite aflorar al neodesarrollismo como programa en la Argentina es el “paquete” de medidas instrumentado por esos gobiernos. Las medidas centrales fueron las siguientes (Cantamutto y Costantino, 2016; Félix, 2015; López, 2015): i) la declaración de cesación de pagos; ii) la devaluación de la moneda; iii) pesificación asimétrica; iv) la contención del salario; v)

la masificación de la política social; vi) la aplicación de impuestos a la exportación. Un discurso productivista ordenó a estas políticas como programa con cierta coherencia.

La desvalorización de la fuerza de trabajo y el redireccionamiento de parte de la renta agropecuaria fueron la base que rehabilitó la acumulación del sector industrial y de la construcción. Incluso en el contexto de elevado desempleo, se constituyeron tempranamente mecanismos de concertación entre el capital y el trabajo (Ugarte, 2005), que permitieran manejar los tiempos de la recomposición salarial. Este mecanismo fue amplificado e impulsado bajo la presidencia de Néstor Kirchner (2003-2007) mediante el Consejo del Salario Mínimo, Vital y Móvil y la rehabilitación de la negociación colectiva. Las finanzas estatales, por su parte, mejoraron gracias a la licuación del salario y el *default* de la deuda, junto al cobro de retenciones. La captación de valor de un sector –agro– se dirigía así ya no al capital financiero, sino al impulso de la industria. Esto se lograba por la desvalorización de la fuerza de trabajo y por la contención de otros costos, centralmente, los servicios públicos (Bona, 2012). Finalmente, la restricción externa se vio diluida por la conjunción del *default* y la mejora en el balance comercial, gracias a la caída de las importaciones y la suba de los precios internacionales de las exportaciones. Las obras ya referidas estudian la consistencia y las contradicciones de este programa en los hechos. Aquí queremos enfatizar dos aspectos conceptuales del neodesarrollismo, que señalamos en las siguientes secciones.

El problema de la inserción externa

A diferencia del desarrollismo clásico, el neodesarrollismo muestra mayores reticencias para una política comercial de cuño efectivamente proteccionista. La aceptación del orden global signado por los acuerdos de apertura de la Organización Mundial del Comercio y la desregulación incluida en los Tratados de Inversión impide un comportamiento excesivamente mercantilista, y el neodesarrollismo no abjura de esta realidad. Tanto por la anuencia con los cambios ligados a la liberalización y desregulación como por el rol –presente pero– subordinado del Estado, se puede detectar cierto éxito ideológico neoclásico dentro de la propia heterodoxia.

No existe –hasta donde conocemos– un tratamiento exhaustivo de las contradicciones de este proyecto con las tendencias de organización del mercado mundial y el tipo de inserción de la Argentina en ese marco. Tratándose de un país dependiente, su economía carece de autarquía en múltiples niveles, ocupando un lugar subordinado en el ordenamiento de las cadenas globales de valor (Treacy, 2016). Esto significa que la producción se organiza según determinaciones definidas en otros espacios de valorización, que controlan las decisiones claves sobre qué, cómo y cuánto producir, dónde y cómo vender, etcétera. Mientras que la Argentina ocupa el rol central de abastecedor de materias primas, insumos intermedios y algunos bienes salario (alimentos), debe remitir crecientes flujos de valor hacia las economías centrales bajo la forma de pago por servicios controlados por estas (logística, comunicación, diseño, marketing), por financiamiento y por remisión de ganancias.

Accesoriamente, las transnacionales aplican a las operaciones entre sus filiales precios de transferencia que permiten eludir impuestos. Que gran parte de estas transferencias de valor se muevan luego a paraísos fiscales no contradice el hecho de que sus dueños, que toman las decisiones y disfrutan de su posesión, se ubiquen mayoritariamente en los países centrales.⁸ Es significativo señalar que a medida que burguesías locales se internacionalizan, adquieren comportamientos semejantes, difíciles de distinguir. Finalmente, a lo anterior hay que sumarle los mecanismos de atesoramiento y fuga, de los cuales no solo participa el empresariado local y extranjero, sino también la población con capacidad de ahorro.⁹

Para compensar esta persistente fuga de valor, el capital que opera localmente –sea de origen nacional o extranjero– recurre a la superexplotación de la fuerza de trabajo y al extractivismo sobre el medio ambiente. Ahora bien, con este marco: ¿es posible aplicar políticas neodesarrollistas sin entrar en conflicto con este ordenamiento global? En un sentido laxo y por breves lapsos, enfocados en la regulación macroeconómica, no pareciera haber problema; las dudas emergen cuando se quiere avanzar hacia rasgos estructurales, ligados propiamente al desarrollo.¹⁰ ¿Es necesario esperar a que estas dudas se hagan explícitas? En general, la idea de una integración regional aparece como potencial salida hacia adelante del conflicto. Sin embargo, a diferencia del desarrollismo clásico, no hay un proyecto de integración claro que sirva de eje para políticas públicas.

En términos prácticos, se optó por remozar dos proyectos legados de la década neoliberal, el Mercosur y la Iniciativa para la Integración de la Infraestructura Regional Suramericana, ambos bajo el liderazgo de Brasil (Kan, 2010a). Aunque se introdujeron cambios institucionales puntuales, no se logró impulsar y aplicar la nueva agenda consistente, especialmente en lo ligado a la acumulación. La protección del Mercosur sirvió como resguardo para la producción y las exportaciones industriales, que de otra forma hubieran tenido un peor desempeño (Puyana y Costantino, 2013). La iniciativa del Banco del Sur, que cumpliría la función promotora del desarrollo, no prosperó más allá de los papeles, y más relegado aún fue el papel del Sucre como moneda de reserva.¹¹ Al mismo tiempo, se relegó de manera sistemática la agenda del ALBA, más allá de los límites que esta pudiera tener. La CELAC y Unasur vinieron a recuperar la cooperación regional en términos geoestratégicos más que económicos (Kan, 2010b).

Durante la etapa neodesarrollista, se consolidó el sesgo primario-exportador de la economía argentina, en línea con el resto de la región (Belloni y Wainer, 2014). Esto incluye no solo la exportación agropecuaria, sino transformaciones básicas de insumos primarios,

⁸ Este hecho no omite que las estructuras de propiedad de las empresas transnacionales se complejiza cada vez más, haciendo cada vez más difícil detectar el origen de los inversores. Según UNCTAD (2016), las 500 empresas más grandes del mundo tienen un promedio de tres “pasaportes” cada una.

⁹ La moneda argentina no cumple la función de medio de cambio ni de reserva de valor en el mercado mundial, lo que fomenta constantes flujos de conversión a monedas “fuertes”: dólar y euro entre otras.

¹⁰ En la Argentina, este problema apareció en el discurso público como el pasaje a la “sintonía fina”.

¹¹ Debe señalarse que, de manera contemporánea, en Asia hubo un impulso concreto a la banca de desarrollo, fundada por China. A partir de 2009, este país promovió el uso de su moneda, el yuan, para transacciones comerciales, logrando en pocos años disputar el lugar del euro a nivel global. Aun cuando los alcances inversores y comerciales de América Latina distan de los chinos, no hubo parangón de avance semejante.

tanto del agro como de la minería (aluminio o urea, por ejemplo), procesos industriales de tipo continuo, con elevada composición orgánica del capital.¹² El saldo de este comercio debió compensar las salidas por comercio de servicios y por pago de utilidades y dividendos, uno de los rubros de mayor crecimiento, que muestra el rol clave del capital extranjero en este proceso (Treacy, 2015). En lugar de rehusar de la deuda ilegal, ilegítima y usurera, procediendo a su auditoría, en 2005 se reafirmó la voluntad de pago del país, enfatizando que se entendía al capital financiero como un “socio en el crecimiento”. Esto produjo crecientes flujos de salida por pagos de intereses y principal de deuda. Vale añadir a lo anterior la sistemática fuga de capitales, que erosionó la acumulación local.

En este sentido, aunque las condiciones de vida de la población mostraron cierta mejoría, resulta difícil sostener que el mecanismo de superexplotación de la fuerza de trabajo haya sido soslayado. Índices de subocupación, informalidad e incluso de participación asalariada en el ingreso atentan contra semejante idea. Ahora bien, es válido resaltar las mejorías obtenidas por las clases populares fueron producto del muy bajo nivel inicial —la crisis de 2001-2002—, de su capacidad de antagonizar políticamente y de la captación de renta de actividades extractivistas. Justamente esta última tendencia se intensificó durante esta etapa, haciendo los reclamos socioambientales imposibles de tramitar para el orden neodesarrollista (Costantino y Gamallo, 2014).

Es decir, no existió un programa consistente de integración o cambio de inserción de la Argentina en el mercado global. Cuando las inconsistencias del sector externo comenzaron a aflorar, desde 2011, se empezaron a aplicar diversas medidas que buscaron contener aspectos parciales del problema, con una orientación interesante, pero carentes de una formulación de conjunto.¹³ El resultado fueron mayores fricciones macroeconómicas, que, no obstante, evadieron una crisis externa tal como se expresaron en anteriores episodios históricos.

El problema del agente social

Claudio Katz (2015a) propone considerar como variante del neodesarrollismo al social-desarrollismo, que se presentaría como una suerte de radicalización que contempla un horizonte de cambio social en el que la regulación estatal sería un paso intermedio. En tal sentido, reconoce el problema de la inexistencia del sujeto social al que apuesta el neodesarrollismo (una burguesía industrial nacional) y pretende reemplazarla por una burocracia capaz de impulsar los procesos en cuestión. Se podría decir incluso que recupera la crítica dependentista weberiana. Sin perjuicio de los méritos técnicos de esta burocracia (no hay aquí uso peyorativo del término), resulta ambigua la consideración de: a) la constitución de una voluntad política representativa de una fuerza social más allá de

¹² El impulso estatal de algunos proyectos de elevado contenido tecnológico —como el caso del satélite ARSAT— tuvo serias dificultades para lograr encadenamientos industriales en el país, pareciéndose más a un enclave valioso, pero inconexo. La burguesía local no despliega la acumulación ligada a estos proyectos.

¹³ Nos referimos, por ejemplo, a las declaraciones juradas anticipadas de importaciones, los controles a la remisión de utilidades al exterior o los controles de cambios (Cantamutto y Costantino, 2016).

la propia burocracia; b) las posibilidades de éxito al intentar exceder los intereses de los capitalistas, a los que rinde cuentas y tienta a invertir de manera persistente.

Estas tensiones no son novedosas: gran parte de los debates de teoría política marxista ligados al Estado de Bienestar estuvieron centrados en este problema.¹⁴ En este sentido, resulta esclarecedor el célebre debate Miliband-Poulantzas (Tarcus, 1991). Mientras Miliband (1970) se esforzó por demostrar las múltiples vías por las cuales la clase capitalista ocupaba efectivamente puestos en el Estado, sesgando a través de sus ideas y valores las decisiones que se tomaban, Poulantzas (1980) se esforzó en encontrar las determinaciones estructurales que atrapaban el accionar estatal en los marcos capitalistas, sin que ello implicara la imposibilidad de cierta autonomía –en especial, por disputas entre fracciones del bloque en el poder y por sus contradicciones entre objetivos de largo y corto plazo–. Diferentes autores buscaron teorizar esta condicionalidad que se impone al accionar del Estado por tener que tentar a los capitalistas para que inviertan, creando así empleo, actividad y recursos fiscales disponibles para la política pública (cfr., por ejemplo, Jessop, Offe y Olin Wright).

Por supuesto, el debate sobre el Estado y la política no se cerró allí (ver Míguez, 2010). Sin embargo, estas ideas básicas nos sirven de guía para reelaborar dos imprecisiones teóricas sobre el Estado durante el neoliberalismo. Por un lado, la ya referida idea –reiterada hasta el hartazgo– de “ausencia” del Estado. Esta omite no solo las múltiples y sistemáticas intervenciones en los mercados (por ejemplo, los salvatajes a bancos obligan a recortar recursos de otros usos, por lo que su “falta” en un rubro no es ausencia, sino desplazamiento por otro rubro), sino incluso la expansión del peso del Estado en las economías nacionales.

Por otro lado, la pretensión de que el Estado responde a la voluntad de quienes lo ocupan: reemplazando una burocracia neoliberal por otra nacionalista, popular o progresista, se modificaría el rol del Estado. Una simplificación de la metáfora de las trincheras de Gramsci (1975), trasuntadas en secretarías, direcciones o ministerios. En esta lectura, las dificultades para completar el cambio del Estado se ubican en la multiplicidad de cargos a ocupar, no solo en el poder Ejecutivo, sino también en el Legislativo, el Judicial y otros organismos estatales. Y aunque no es falaz –especialmente en los niveles subnacionales– que la burocracia puede torcer el accionar estatal, la dependencia estructural de la acumulación capitalista le impone límites difíciles de franquear.¹⁵ La idea de que se puede reemplazar o desplazar al agente social que lleva a cabo un proceso histórico sin resolver las contradicciones que implica este relevo es problemática.

¹⁴ Se pueden rastrear los primeros esbozos en un debate previo, cuando el Estado moderno adquirió una consistencia más semejante a la actual, al tomar funciones más allá de la represiva y –en especial– al incorporar lentamente a las clases populares en la vida política. Los debates dentro de la izquierda en torno al reformismo y la revolución, procedentes al menos de fines del siglo XIX, tienen en parte este trasfondo.

¹⁵ Esta tensión está siendo estudiada en la Argentina reciente, aunque consideramos que se ha enfatizado la cuestión de quiénes ocupan los cargos por sobre las limitaciones estructurales. Tanto los estudios sobre la presencia de organizaciones sociales y territoriales en dependencias estatales durante el kirchnerismo, como aquellos que resaltan la presencia de CEO en el gabinete de Cambiemos, ponen este aspecto como centro de atención. Para un ordenamiento de las líneas de investigación disponibles, ver Barros, Castellani y Gantus (2016).

En el proceso argentino, se pueden reconocer dos grandes momentos en este aspecto. El primero, entre 2002 y 2008, fue la apuesta al agente social que se representa: la burguesía nacional que Kirchner dijo venir a reconstruir en su discurso de asunción. Este período “virtuoso” enfrentó las contradicciones referidas en la sección anterior, que tuvieron su momento más tenso durante el conflicto con las patronales agropecuarias en el año 2008. El hecho de que la impugnación social partiera de otra fracción del bloque en el poder produjo una serie de desplazamientos relevantes. En la segunda etapa, que llegó hasta 2015, el gobierno intensificó su búsqueda por identificarse con lo nacional y popular, por oposición a esa oligarquía renuente a ceder cualquier privilegio. En los hechos, significó un desplazamiento de representantes directos de fracciones del capital y una radicalización discursiva, acompañada de nuevas políticas públicas orientadas a nuevos derechos. En el mismo sentido se pueden entender las medidas de control externo ya referidas.

Durante esta segunda etapa, los rasgos dependientes del agente social neodesarrollista, la burguesía industrial, se expresaron en todo su esplendor (ver Castells y Schorr, 2015). Al déficit comercial y la remisión de utilidades al exterior se sumaron la baja creación de empleo y tasa de inversión, que impactó en una cada vez más débil competitividad relativa. Las tensiones referidas se intensificaron bajo la nueva fase de la crisis mundial. El hecho de que este programa de mediaciones para sostener la reproducción ampliada del capital industrial fuera representado sin la necesidad de la presencia directa de esta fracción en el gobierno sirvió para que el conflicto no se expresara como confrontación abierta dentro del propio bloque en el poder —a diferencia de lo ocurrido con la convertibilidad.

Comentarios finales

La noción de desarrollo cumplió desde su emergencia un rol teórico y político: se trataba de promover una utopía de progreso y bienestar material dentro de los límites de las relaciones sociales capitalistas, en el marco del enfrentamiento ideológico con el bloque socialista. En ALYC, el desarrollismo fungió como crítica parcial a los esquemas referidos, al reconocer la diferencia entre centros y periferias dentro del mercado mundial. Ahora bien, como quedó claro ya en las críticas del dependentismo, el desarrollismo se enfrentaba a una serie de limitantes para las que no daba respuesta. Tras ofrecer una primera visión de sistema a escala global, su salida era intentar repetir el proceso de los países centrales en un marco de relativa desconexión. Cuando el sistema mundial dejó de ofrecer ese marco, estas limitaciones se hicieron cada vez más evidentes. A ello se sumó la creciente organización y movilización social, tanto en los países centrales como en la periferia.

La mundialización del capital en clave neoliberal supuso un cambio del escenario de debate, a la medida de los objetivos de los capitales concentrados. El pensamiento estructuralista se acopló a estos cambios, y con cierta alteración teórica logró un conjunto de ideas disponibles para promover cierta acumulación industrial en un mundo globalizado. Sin suponer una causalidad de ideas a políticas, lo cierto es que este marco conceptual traducido a programa económico como neodesarrollismo ofreció buenos argumentos para

presentar el programa de la fracción industrial del bloque en el poder como un proyecto de salida a la crisis del orden neoliberal. En tanto la disputa era más política que económica –convencer sobre una interpretación de la crisis y sus posibles vías de salida–, la confluencia entre objetivos de la burguesía industrial y las propuestas del neodesarrollismo fue exitosa. Por supuesto, con ese origen no era esperable sino que la sociedad se reprodujera dentro de los límites de la condición heterogénea y dependiente de la industria local.

La capacidad de construir hegemonía de este programa se sustentó en concesiones concretas, que permitieron la recuperación de las condiciones de vida de las clases populares. La disputa de la burguesía industrial por promoverlo llevó a fricciones con otras fracciones del bloque en el poder, debidas a la sistemática intervención del Estado para transferir valor de un sector a otro. Tras la confrontación de 2008, la fuerza política del gobierno tomó la tarea de desplegar el programa con mayor independencia de la participación directa de la propia industria. Esta nueva etapa social-desarrollista supuso un paulatino reemplazo del agente social industrial mediante una burocracia, que ampliaba así a toda la sociedad su propia condición de dependencia. Esto no impidió ampliar ciertos derechos, en tanto no afectaran la reproducción ampliada del bloque en el poder y, en particular, de la fracción industrial.

Pero ni el neodesarrollismo ni el social-desarrollismo dieron respuesta consistente –en la teoría o en las políticas– a dos problemas claves: la inserción de la economía argentina en el mercado mundial y la del agente histórico que conduce un proceso. Las crecientes tensiones sociales se anclaron en una burocracia encargada de sostener el programa económico de la fracción industrial del bloque en el poder, que mostró cada vez más dudas entre preservar este esquema –que implicaba concesiones– y ceder ante la virulencia de otras fracciones del bloque desplazadas del poder político –aunque fortalecidas en sus recursos estructurales de presión–. Estas últimas, vale aclarar, no tenían nada que ofrecer a las clases populares, como se hizo evidente en las nuevas políticas económicas a partir de diciembre de 2015.

Bibliografía

- Bambirra, V. (1978). *Teoría de la dependencia: una anticrítica*. México: Era.
- Barros, S.; Castellani, A. y Gantus, D. (comps.) (2016). *Estudios sobre Estado, gobierno y administración pública en la Argentina contemporánea*. Buenos Aires: CLACSO-CODESOC-PISAC.
- Beigel, F. (2006). “Vida, muerte y resurrección de las ‘teorías de la dependencia’”. En AA.VV. (comps.), *Crítica y teoría en el pensamiento social latinoamericano*, pp. 287-326. Buenos Aires: CLACSO.
- Belloni, P. y Wainer, A. (2014). “El rol del capital extranjero y su inserción en la América del Sur posneoliberal”. *Problemas del Desarrollo*, vol. 45, n° 177, pp. 87-112.
- Bielschowsky, R. (2009). “Sesenta años de la CEPAL: estructuralismo y neoestructuralismo”. *Revista de La CEPAL*, n° 97, pp. 173-194.

- Block, F. (1989). *Los orígenes del desorden económico internacional*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Bona, L. (2012). “Subsidios a los sectores económicos en la Argentina de la post Convertibilidad: interpretación desde una perspectiva de clase”. En AA.VV., *Más allá del individuo. Clases sociales, transformaciones económicas y políticas estatales en la Argentina contemporánea*, pp. 103-124. Buenos Aires: El Colectivo.
- Bonnet, A. (2008). *La hegemonía menemista. El neoconservadurismo en Argentina, 1989-2001*. Buenos Aires: Prometeo.
- (2011). “Las relaciones entre Estado y mercado. ¿Un juego de suma cero?” En Bonnet, A. (comp.), *El país invisible: debates sobre la Argentina reciente*, pp. 15-44. Buenos Aires: Continente.
- Borón, A. (2008). “Teoría(s) de la dependencia”. *Realidad Económica*, 238, pp. 20-43.
- Bulmer-Thomas, V. (1998). *La historia económica de América Latina desde la Independencia*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Cantamutto, F. J. (2015). “El populismo que no fue: los gobiernos de Rodríguez Saá y Duhalde”. *Cuestiones de Sociología-Revista de Estudios Sociales*, nº 13.
- Cantamutto, F. J. y Costantino, A. (2016). “El modo de desarrollo en la Argentina reciente”. *Mundo Siglo XXI*, vol. XI, nº 39, pp. 15-34.
- Cantamutto, F. J. y Wainer, A. (2013). *Economía política de la Convertibilidad. Disputa de intereses y cambio de régimen*. Buenos Aires: Capital Intelectual.
- Cardoso, F. y Faletto, E. (1986). *Dependencia y desarrollo en América Latina*. México: Siglo XXI.
- Castells, M. y Schorr, M. (2015). “Cuando el crecimiento no es desarrollo. Algunos hechos estilizados de la dinámica industrial en la posconvertibilidad”. *Cuadernos de Economía Crítica*, vol. 1, nº 2, pp. 49-77.
- CEPAL (2012). *Cambio estructural para la igualdad. Una visión integrada del desarrollo*. Santiago de Chile.
- Costantino, A. y Gamallo, L. (2014). “Los conflictos socioambientales durante los gobiernos kirchneristas en Argentina”. En *De la Democracia liberal a la Soberanía Popular: articulación y crisis en América Latina*. México: FLACSO.
- Dos Santos, T. (1970). “La crisis de la teoría del desarrollo y las relaciones de dependencia en América Latina”. En Jaguaribe, H., *La dependencia político-económica de América Latina*. México: Siglo XXI.
- (1998). “La teoría de la dependencia: un balance histórico y teórico”. En López Segrera, F. (comp.), *Los retos de la globalización. Ensayo en homenaje a Theotonio dos Santos*. Caracas: UNESCO.
- Fajnzylber, F. (1983). *La industrialización trunca de América Latina*. México: Centro Editor de América Latina.
- Féiz, M. (2015). “¿Neodesarrollismo en retirada? Economía política de un proyecto de desarrollo. Argentina 2002-2015”. *Revista Despierta*, vol. 2, nº 2, pp. 55-82.
- Féiz, M. y López, E. (2012). *Proyecto neodesarrollista en la Argentina. ¿Modelo nacional-popular o nueva etapa en el desarrollo capitalista?* Buenos Aires: Herramienta - El Colectivo.

- Furtado, C. (1964). *Desarrollo y subdesarrollo*. Buenos Aires: Eudeba.
- Gaggero, A. y Wainer, A. (2006). “Burguesía nacional - Crisis de la Convertibilidad: el rol de la UIA y su estrategia para el (tipo de) cambio”. *Realidad Económica*, n° 204, p. 19.
- Germani, G. (1962). *Política y sociedad en una época de transición*. Buenos Aires: Paidós.
- Gramsci, A. (1975). *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*. México: Juan Pablos Editor.
- Gunder Frank, A. (1979). *Acumulación dependiente y subdesarrollo*. México: Era.
- Hall, P. (1997). “The role of interests, institutions and ideas in the comparative political economy of the industrialized countries”. En Lichbach, M. y Zuckerman, A. (comps.), *Comparative politics: rationality, culture and structures*, pp. 174-207. Nueva York: Cambridge University Press.
- Hobsbawm, E. (2003). *Historia del siglo XX*. Buenos Aires: Planeta.
- Kan, J. (2010a). “¿La región verdeamarillo? Algunas consideraciones sobre el liderazgo regional de Brasil en el contexto actual de la integración latinoamericana”. *Contextualizaciones Latinoamericanas*, vol. 1, n° 2, pp. 1-13.
- (2010b). “De la apertura comercial a la soberanía y autonomía regional. Un análisis de las tendencias de la integración latinoamericana en las últimas décadas. El caso de Unasur”. *Revista do Centro de Educação e Letras*, vol. 12, n° 1, pp. 79-100.
- Katz, C. (2006). *El rediseño de América Latina: ALCA, MERCOSUR y ALBA*. Buenos Aires: Ediciones Luxemburg.
- (2015a). “¿Concepciones social-desarrollistas?”. *Mundo Siglo XXI*, vol. x, n° 35, pp. 21-30.
- (2015b). “¿Qué es el neodesarrollismo? Una visión crítica. Argentina y Brasil”. *Serviço Social y Sociedade*, n° 122, pp. 224-249.
- López, E. (2015). *Los años post-neoliberales. De la crisis a la consolidación de un nuevo modo de desarrollo*. Buenos Aires: Miño y Dávila.
- Löwy, M. (2007). *El marxismo en América Latina. Antología, desde 1909 hasta nuestros días*. Santiago de Chile: LOM.
- Marini, R. M. (1973). *Dialéctica de la dependencia*. México: Era.
- (1977). “La acumulación capitalista mundial y el subimperialismo”. *Cuadernos Políticos*, n° 12, pp. 20-39.
- (1978). *Subdesarrollo y revolución*. México: Siglo XXI.
- (1994). “La crisis del desarrollismo”. Disponible en: www.marini-escritos.unam.mx/085_crisis_desarrollismo.html#2
- Míguez, P. (2010). “El debate contemporáneo sobre el Estado en la teoría marxista: su relación con el desarrollo y la crisis del capitalismo”. *Estudios Sociológicos*, vol. XXVIII, n° 84, pp. 643-689.
- Miliband, R. (1970). *El Estado en la sociedad capitalista*. México: Siglo XXI.
- Ocampo, J. A. (2004). “La América Latina y la economía mundial en el largo siglo XX”. *Trimestre Económico*, n° 284, pp. 725-786.
- Osorio, J. (2016). *Teoría marxista de la dependencia. Historia, fundamentos, debates y contribuciones*. Los Polvorines: Universidad Nacional de General Sarmiento.

- Piva, A. (2007). "Acumulación de capital y hegemonía débil en la Argentina (1989-2001)". *Realidad Económica*, n° 225, pp. 72-98.
- Poulantzas, N. (1980). *Estado, poder y socialismo*. Madrid: Siglo XXI.
- Prebisch, R. (1981). *Capitalismo periférico. Crisis y transformación*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Pucciarelli, A. y Castellani, A. (comps.) (2014). *Los años de la Alianza. La crisis del orden neoliberal*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Puyana, A. y Costantino, A. (2013). "Sojización y enfermedad holandesa en Argentina: ¿la maldición verde?". *Problemas del Desarrollo*, vol. 44, n°175, pp. 81-100.
- Schorr, M. (2001). *¿Atrapados sin salida?: la crisis de la convertibilidad y las contradicciones en el bloque de poder económico*. Buenos Aires: FLACSO.
- Sunkel, O. y Paz, P. (2005). *El subdesarrollo latinoamericano y la teoría del desarrollo* (28ª edición). México: Siglo XXI.
- Svampa, M. (2011). "Argentina, una década después. Del 'que se vayan todos' a la exaltación de lo nacional-popular". *Nueva Sociedad*, n° 235, pp. 17-34.
- Tarcus, H. (1991). "Estudio preliminar". En Tarcus, H. (comp.), *Debates sobre el Estado Capitalista/1*, pp. 7-40. Buenos Aires: Imago Mundi.
- Thwaites Rey, M. (1994). "La noción gramsciana de hegemonía en el convulsionado fin de siglo. Acerca de las bases materiales del consenso". En Ferreyra, L.; Logiudice, E. y Thwaites Rey, M. (comps.), *Gramsci mirando al Sur. Sobre la hegemonía en los 90*. Buenos Aires: Kyai.
- Treacy, M. (2015). "Dependencia, restricción externa y transferencia de excedente en la Argentina (1970-2013)". *Cuadernos de Economía Crítica*, vol. 1, n° 2.
- (2016). "Nuevas formas de dependencia y de integración regional en tiempos de mundialización neoliberal". *Densidades*, n° 20, pp. 69-97.
- Ugarte, J. M. (2005). "La Mesa del Diálogo Argentino: Una experiencia de prevención de conflictos y formulación de políticas públicas por la sociedad civil argentina en momentos de grave crisis nacional". *Pensamiento Propio*, vol. 10, n° 22, pp. 95-121.
- UNCTAD (2016). *Informe sobre las inversiones en el mundo*. Ginebra. Disponible en: www.unctad.org/en/pages/PublicationWebflyer.aspx?publicationid=1555
- Vilas, C. (1995). "Actores, sujetos, movimientos: ¿Dónde quedaron las clases?". *Sociológica*, vol. 10, n° 28.